HARLEQUIN™

Bianca™



Amor en Corfú

Natalie Rivers

Amor en Corfú

Natalie Rivers



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Natalie Rivers. Todos los derechos reservados.
AMOR EN CORFÚ, Nº 1791 - junio 2010
Título original: The Kristallis Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8572-0
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

CARRIE miraba fijamente los cuatro ataúdes alienados en la capilla. A parte del pequeño Danny, acurrucado en sus brazos, nada le parecía real. ¿Cómo podía ser real? ¿Cómo podían haber muerto cuatro personas a las que ella quería?

Danny y ella estaban solos en el primer banco. Carrie lo cambió de posición sobre su regazo para poder mirarlo a la cara y, en cuanto se miraron, una sonrisa iluminó los rasgos del bebé. Ella le devolvió la sonrisa y dejó que las palabras del cura pasaran por encima. Si escuchaba lo que estaba diciendo, sabía que se pondría a llorar.

No podía permitirse pensar en su adorada prima Sophie ni en su marido Leonidas, ni en el tío y la tía que la habían criado. No podía pensar en el terrible accidente de tráfico que se había llevado sus vidas, dejando a Danny huérfano, pues sabía que entonces la pena se apoderaría de ella. Si se rendía a ella, tal vez nunca pudiese dejar de llorar. Por el bien de Danny tenía que ser fuerte.

Él era lo único que le quedaba.

Poco a poco fue consciente de la música que tocaban en el órgano y se dio cuenta de que el funeral había acabado. Se puso en pie y salió de la capilla con Danny en brazos. A los veinticinco años, el único funeral al que Carrie había asistido a parte de ése había sido el de su madre, pero ella era muy pequeña por entonces y no lo recordaba.

Hacer los preparativos para ese día había sido horrible, y lo había tenido que hacer ella sola. Su padre no la había ayudado. No se había molestado en ir al contarle lo del accidente y, más tarde, cuando lo había llamado para decirle la hora del funeral, había parecido incluso sorprendido.

–No puedo escaparme en este momento –había dicho–. Estoy hasta arriba de trabajo.

–Pero se trata de la familia –había dicho Carrie. Había aprendido a no esperar mucho de su padre, pero su intención de mantenerse alejado del funeral era completamente desconcertante.

–La familia de tu madre, no la mía –contestó él.

–Mi familia también –dijo ella con la voz rota mientras hablaba–. Cuando te marchaste después de la muerte de mamá, ellos fueron lo único que tuve.

–Mira, parece que lo tienes todo organizado –dijo él, negándose a dejarse llevar por los comentarios de su hija–. No me necesitas allí. Siento lo del accidente, pero el hecho de que vaya o deje de ir al funeral no cambiará nada.

–Para mí sí –había dicho Carrie después de que su padre colgara.

Quería comunicarle su intención de hacerse cargo de Danny, el hijo de Sophie, de seis meses. ¿Pero cómo iba a comprender eso un hombre que había abandonado a su propia hija siendo un bebé?

Carrie se quedó de pie al salir de la capilla, paralizada bajo el frío aire de noviembre, y abrazó a Danny contra su pecho. Casi todos los asistentes al funeral ya se habían marchado, y los pocos que quedaban caminaban en grupos. Agachó la cabeza para acariciar con la mejilla los rizos de Danny y dejó escapar un largo suspiro. Pronto podría marcharse y llevarse al niño lejos de aquel lugar lleno de tristeza.

No había pensado más allá del funeral. Había demasiadas cosas de las que ocuparse. Pero lo que sí sabía era que siempre querría a Danny más de lo que podía expresarse con palabras. Y haría todo lo posible por que el niño fuera feliz.

–¿Señorita Thomas?

Carrie levantó la cabeza y se encontró mirando a un hombre maduro al que no había visto antes. Él la observaba con una expresión tan fría y dura que le produjo un escalofrío.

–Mi nombre es Cosmo Kristallis –dijo él con un fuerte acento.

Carrie abrió los ojos, sorprendida. Fue desconcertante darse cuenta de que estaba cara a cara con el padre desaparecido del marido de Sophie, Leonidas. Ese hombre era el abuelo de Danny.

–Siento mucho la muerte de su hijo –dijo ella, estirando la mano instintivamente para tocarle el brazo.

En el momento en el que sus dedos rozaron la manga de su abrigo, supo que había cometido un error. Su compasión no era bien recibida, ni tampoco su gesto atrevido.

–Mi hijo ya estaba muerto para mí –dijo Cosmo con desdén en sus palabras mientras observaba la mano colocada en su manga. No apartó el brazo ni se molestó en retirarle los dedos. No era necesario. Carrie ya estaba apartando la mano.

–¿Entonces por qué está aquí? –preguntó ella, sorprendida. Si su hijo significaba tan poco para él, ¿por qué se habría molestado en ir a su funeral desde Grecia?

–Cuando usted se puso en contacto conmigo para contarme lo del funeral, me di cuenta de que había ciertas cosas que tenía que dejarle claras –dijo Cosmo–. Sobre todo en lo referente al niño que tiene en brazos.

–¿Danny? –Carrie dio un paso hacia atrás y abrazó al bebé con más fuerza.

–Como he dicho, mi hijo hacía mucho que había muerto para mí. Nunca reconoceré a ese niño como heredero de los Kristallis –dijo Cosmo–. Ese mocoso nunca verá nada de mi dinero.

–¿Su dinero? –repitió Carrie, confusa y horrorizada ante lo que estaba oyendo. Danny era un niño inocente que acababa de perder a sus padres. ¿Por qué era ese hombre tan hostil y por qué estaba hablando de dinero?

–Su prima era una cazafortunas calculadora –dijo Cosmo–. Lo único que quería era echarle las manos encima a mi fortuna.

–Sophie no deseaba su dinero. Lo único que deseaba era vivir feliz con el hombre al que amaba y formar una familia –dijo Carrie, sintiendo cómo los ojos se le llenaban de lágrimas al pensar que su prima nunca viviría ese sueño. Nunca vería a su hijo crecer.

Parpadeó furiosamente, decidida a no empezar a llorar, y miró a Cosmo Kristallis con frialdad. Sophie y Leonidas no estaban allí para defenderse, así que tendría que hacerlo por ellos.

–Ese niño no es mi nieto –dijo Cosmo.

–Sí, lo es –dijo Carrie–. La idea de que usted sea su abuelo me pone enferma, pero, de todas formas, es su nieto, y no permitiré que siga diciendo cosas horribles sobre Sophie y Leonidas.

–Nunca lo reconoceré –dijo Cosmo–. Y, si alguna vez vuelve a ponerse en contacto con mi familia, lo lamentará –entonces, sin darle a Carrie oportunidad para responder, se dio la vuelta y se fue.

Carrie se quedó mirándolo, dándose cuenta de que estaba temblando. Había oído muchas cosas desagradables sobre la familia griega de Leonidas, pero hasta

ese momento no había entendido por qué Leonidas odiaba tanto a su padre.

–No pasa nada. No tendrás que volver a ver a ese hombre tan horrible de nuevo –le susurró a Danny. Aunque sus palabras eran tanto para el bebé como para ella misma–. Nos tenemos el uno al otro y estaremos bien.

Capítulo 1

Seis meses después

POR FAVOR, Carrie, tienes que hacer esto por mí –le rogó Lulu, con el rímel corrido por las lágrimas–. Si Darren escucha ese mensaje, me echará.

–Quiero ayudar. Ya lo sabes –dijo Carrie, mirando a su llorosa amiga con preocupación–. ¿Pero no sería mejor si lo hicieras tú? Después de todo, nadie verá raro que entres en el estudio de tu marido y contestes el teléfono.

–Ya te he dicho que todo el mundo nos oyó discutir. Además, no puedo entrar así –dijo Lulu, señalando su maquillaje corrido–. Pero, si no borro ese mensaje, me meteré en problemas.

–Bueno, yo no puedo mezclarme con la gente de la fiesta –dijo Carrie, observando la ropa deportiva que llevaba puesta. Era la entrenadora personal de Lulu, no una de las invitadas de la elegante fiesta de su marido futbolista–. Y sabes que tengo que marcharme o llegaré tarde a recoger a Danny.

–No será mucho tiempo –dijo Lulu, tirando de su camiseta–. Rápido, quítate esto. Puedes ponerte uno de mis vestidos.

Cinco minutos después, Carrie salió del dormitorio de Lulu vestida para su misión y sintiéndose muy cohibida. Tras seis meses cuidando de Danny y asimilando su pena, era una experiencia desconcertante vestirse

para una fiesta de famosos. Incluso antes de que su vida hubiera cambiado tan dramáticamente, jamás se habría sentido cómoda con aquellos zapatos de tacón de aguja y con un vestido tan ajustado, que apenas podía respirar.

Dejó su mochila, con su atuendo deportivo, junto a la puerta de entrada y caminó por la casa hacia el estudio de Darren. Lulu sólo necesitaba el teléfono el tiempo suficiente para borrar el mensaje de voz que le había dejado en un ataque de celos. Entonces la misión de Carrie habría terminado.

Agarró una copa de champán de un camarero que pasaba y dio un largo trago. Una explosión de burbujas inundó su boca, haciendo que la garganta se le cerrara y los ojos le lloraran. Tosió ligeramente y parpadeó para aclararse la visión antes de mirar a su alrededor.

A pesar de ser temprano, la fiesta estaba en pleno auge. Un fotógrafo se paseaba por la sala, y no le faltaban invitados dispuestos a posar para él; sin duda con la esperanza de encontrar sus fotos en las revistas.

Carrie se alisó el vestido rojo sobre las caderas en un intento frustrado de cubrir parte de su muslo. Lulu no era conocida por elegir su vestuario con modestia, y eso, sumado a la considerable altura de Carrie, hacía que mostrase una gran longitud de pierna. Incluso más desconcertante era el enorme escote que remataba el vestido.

Sintiéndose muy cohibida, miró al suelo y caminó por la habitación. Una cortina de pelo negro cayó sobre sus ojos, pero no se lo apartó. Se sentía mejor con la cara tapada, aunque nadie estaba mirándola realmente a la cara, pensó con un escalofrío.

Finalmente se metió en el estudio y cerró la puerta tras ella. Ignoró los nervios que se acumulaban en su estómago y se acercó al escritorio. Dejó la copa de

champán sobre la mesa, levantó la chaqueta de Darren del respaldo de la silla y metió la mano en el bolsillo.

–¿Tiene eso por costumbre?

Carrie se dio la vuelta de golpe para ver a la persona que había hablado, llevándose la chaqueta al pecho.

Había un extraño en el estudio. Alto e imponente, con un indiscutible aura de poder a su alrededor, estaba de pie muy quieto, observando sus movimientos.

Carrie lo miró a la cara y, cuando sus miradas se encontraron, respiró profundamente. Era increíblemente guapo. El pelo castaño oscuro y la piel bronceada le daban una apariencia clásicamente mediterránea, salvo por sus ojos, que eran de un azul impresionante.

Lo miró, observando su increíble estructura ósea y sus rasgos perfectos. Era increíblemente guapo, pero había algo desconcertante en él. Carrie tenía la sensación de que había de saber de quién se trataba. Se mordió el labio y lo estudió, olvidando por un momento que aún tenía la chaqueta del delito en las manos.

Le inquietaba el hecho de no poder identificarlo. Muchos de los invitados de la fiesta eran celebridades, gente fácilmente reconocible. Carrie estaba acostumbrada a eso, pues muchos de sus clientes eran famosos de un tipo u otro. Pero había algo extraño en ese hombre.

Él también la estaba estudiando. Carrie sintió un escalofrío de conciencia sexual por toda su piel al sentir la mirada de aquel extraño. La intensidad de sus ojos azules hizo que de pronto se sintiera muy consciente de su cuerpo, y del vestido provocador que llevaba puesto. Era una sensación muy poco familiar.

Durante los seis meses anteriores, había estado completamente absorbida por su nuevo modo de vida. Había descubierto las alegrías agridulces de cuidar de

Danny mientras asimilaba la pérdida de sus seres queridos, y había aprendido a enfrentarse al estrés diario de cuidar de un niño.

Con todo eso, simplemente no estaba acostumbrada a pensar en sí misma como una mujer atractiva que los hombres pudieran encontrar deseable.

–¿Puedo ayudarle? –preguntó ella–. ¿Se ha perdido, o simplemente estaba buscando a Darren?

–No ha contestado a mi pregunta –dijo el extraño–. Le he preguntado si tiene eso por costumbre.

–No sé a qué se refiere –dijo ella en un intento por disimular. Dejó la chaqueta de nuevo en el respaldo de la silla, agarrando el teléfono móvil mientras sacaba la mano del bolsillo. Se apartó el pelo de la cara y miró a aquel hombre directamente.

–¿Me refería a si tiene por costumbre colarse en los estudios de la gente y robar sus teléfonos móviles? –su voz era profunda y fuerte, con un ligero acento que Carrie no lograba identificar.

–Yo no me he colado en ninguna parte –tratando de sonar confiada, observó su cuerpo de arriba abajo y se quedó impresionada por lo que vio. Fuerte y atlético, estaba increíble con su traje negro de diseño, pero Carrie estaba segura de que estaría igual de bien con el atuendo deportivo que, debido a su trabajo como entrenadora, estaba acostumbrada a ver en los hombres–. Y no he robado nada. Éste es el teléfono de Lulu. Me ha pedido que se lo lleve.

–Debería trabajar más en su coartada –dijo él.

–Trabajo para Lulu. Ella me ha pedido que se lo lleve.

–¿De verdad? –preguntó él, y la miró de arriba abajo–. ¿Y ésa es su ropa de trabajo?

–Soy la entrenadora personal de Lulu –dijo ella, tratando de ignorar el calor de su piel al sentirse obser-

vada. Era extrañamente excitante, aunque inquietante, sentir cómo su cuerpo respondía–. Ahora, por favor, si me disculpa. Debo volver con ella –dio un paso hacia la puerta.

De pronto, la voz de Darren en el exterior del estudio llamó su atención.

Miró nerviosamente hacia la puerta. Seguía con su teléfono en la mano, y no podía escondérselo en aquel diminuto vestido. Le había hecho a Lulu una promesa, pero no iba a poder cumplirla.

Miró al desconocido. ¿La delataría? ¿Diría que la había pillado con las manos en la masa mientras robaba el móvil?

En ese momento, comenzó a andar hacia ella. Se le aceleró el corazón y apretó el teléfono con fuerza. Se quedó paralizada como un ciervo ante los faros de un coche. ¿Qué iba a hacerle? ¿Quitarle el teléfono y decirle a Darren exactamente lo que había visto?

Sus movimientos no parecían apresurados, pero había un brillo de determinación en sus ojos que le produjo a Carrie un escalofrío. Entonces se dio cuenta de que estaba justo frente a ella, parapetándola de cualquiera que pudiera entrar en la habitación.

Sobresaltada por su súbita proximidad, Carrie se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Con uno setenta de estatura, era alta, pero incluso con los tacones tuvo que levantar la cabeza para mirarlo.

La expresión de su rostro hizo que el corazón le latiese erráticamente. Sus ojos azules se oscurecieron, y la miró tan profundamente a los ojos, que fue como si pudiera ver su alma. Luego inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, como si estuviera a punto de besarla.

–Adorable –murmuró él mientras colocaba suavemente las manos sobre sus brazos desnudos.

Carrie se quedó perpleja. No podía apartar la mirada de su rostro. Era increíblemente atractivo. Sus rasgos eran perfectos, desde los ojos azules rodeados por largas pestañas hasta su boca amplia y expresiva. Y él la estaba mirando y viendo a una mujer deseable.

De pronto fue consciente de cómo deslizaba la mano por su brazo, acariciándole la piel y haciendo que se le pusiera el vello de punta. Cerró la mano sobre el teléfono y se lo arrancó a Carrie de la mano. Luego deslizó el otro brazo a su alrededor y la presionó contra su cuerpo.

Carrie se quedó con la boca abierta al sentir el calor de su cuerpo poderoso y masculino. El corazón le latía tan fuerte, que bloqueaba el resto de sonidos, y el estómago le daba vueltas. ¿Qué iba a hacer aquel desconocido? No podía tener intención de besarla. ¡Ni siquiera la conocía!

En algún lugar de su mente, un pensamiento racional le dijo que debía apartarlo de ella y salir corriendo de allí mientras pudiera. Pero su cuerpo ignoró aquel arrebato de sentido común. Simplemente no quería hacer lo que era más sensato.

Se quedó mirándolo, incapaz de moverse o hablar. Entonces pasó el momento de no retorno, y él agachó la boca hacia la suya.

El movimiento sensual de sus labios sobre su boca hizo que comenzara a temblar, y Carrie se aferró a él, dejándose llevar por el momento.

Sentía las piernas débiles, y sus brazos parecían tener vida propia mientras se deslizaban sobre sus hombros anchos y fuertes. Él colocó una mano entre sus hombros para sujetarla y, echándose hacia delante, la inclinó sobre el escritorio. Segundos después, colocó la otra mano sobre su cintura y tiró de ella ligeramente hacia él.